

ORDENACIÓN DE PRESBITEROS

Catedral de Santa Ana. Las Palmas
15 de Julio de 2006

Mis queridos Hermanos todos, mis queridos Hermanos Sacerdotes y Diáconos, mis queridos Jorge y Nicolás, mis queridos seminaristas. Hace demasiado tiempo que no vivo una celebración como ésta: la Ordenación de Presbíteros de mi Iglesia Diocesana, a la que sirvo y con la que camino. Tres años se van a cumplir desde la última vez que puse mis manos sobre la cabeza de unos jóvenes cargados de esperanza, suplicando que renovase en sus corazones el Espíritu de Santidad. Tres años son demasiados. Pueden, entonces, figurarse con qué ánimo, con qué alegría, con qué gratitud inicio hoy esta celebración con Vds. Si 'la falta de sacerdotes es ciertamente la tristeza de cada Iglesia (PDV 34), la respuesta vocacional de los jóvenes es nuestra alegría y nuestro gozo. Alegría y gozo de la Iglesia Diocesana que acoge la gracia de dos nuevos Sacerdotes como regalo del Señor. Alegría y gozo del Obispo y del Presbiterio porque se ensanchan los vientos de sus tiendas, y se renueva la fuerza de nuestros brazos para tomar el arado y sembrar.

A esa respuesta, por la que damos gracias, ha precedido la voz de Quien llama por el nombre propio. Sí, queridos hermanos, el Señor conoce y pronuncia nuestros nombres. "Estaba yo en el vientre, y el Señor me llamó en las entrañas maternas, y pronunció mi nombre". Nuestra tarea, nuestro encargo no es fruto de nuestro voluntarismo generoso, no se inicia en nuestro querer, sino en el querer de Dios. Detrás de nosotros en el tiempo, y desde toda la eternidad, hay una historia de amor que nos afecta y nos envuelve personalmente. Hemos sido y somos amados. Delante de nosotros, por gracia, esa misma historia de amor sigue desplegando sus páginas, y su ímpetu sigue hinchando las velas de nuestra frágil embarcación. Seremos amados.

La mirada hacia atrás se expresa en acción de gracias. La mirada hacia el futuro, desde esta perspectiva, se convierte en confianza y aliento. En la historia de Isaías se nos muestra con claridad, y con unas expresiones que reflejan mucho de nuestros estados de ánimo y nuestros comentarios diarios como pastores. "En vano me he cansado, en viento y en nada he gastado mis fuerzas". Estas mismas ideas, con mil distintas formulaciones llenan a veces nuestros diálogos y nuestros pensamientos. 'Hemos perdido el tren, nuestras comunidades se vacían y envejecen'. Tendremos que preguntarnos si

mucho de nuestros des-ánimos, y des-alientos no pone de manifiesto que el origen de la crisis de este momento presente es ante todo crisis de espiritualidad. A fin de cuentas ánimo y aliento se traducen en hebreo por 'ruaj', espíritu, y Espíritu en cristiano se escribe con mayúscula. La palabra del Señor, que es promesa y es encargo al mismo tiempo, nos muestra el camino: "Es poco que seas mi siervo y restablezcas las tribus de Jacob...; te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra". No te lamentes porque veas inútil tu trabajo y veas crecer las dificultades: has de reunir y renovar a los que están, a los de casa; pero has de anunciar la luz y contagiar la fuerza a los que no están, a los que marcharon o a los que nunca estuvieron. ¿Estamos convencidos de que llevamos realmente en las manos un tesoro, que es precisamente lo que las gentes necesitan? ¿Estamos convencidos de que merece la pena anunciar y contagiar porque hemos hecho personalmente la experiencia de la salvación en la gracia del Evangelio? ¿Estamos convencidos de que el Espíritu del Señor Jesús es y debe ser el gran protagonista de nuestro ministerio y de toda tarea pastoral?

En el relato evangélico, anuncio de gracia para todos nosotros hoy, se vislumbra entre líneas en la figura de Pedro un pasado nada esplendoroso en sus resultados, y un futuro que empieza a nacer como de la nada o incluso desde niveles negativos, apoyado únicamente en la palabra de promesa y encargo de Jesús, el Señor Resucitado.

¿Me amas? Apacienta mis ovejas. Pedro es preguntado por su amor a Cristo. A su respuesta humilde sigue el encargo: Apacienta, sé pastor. El Señor resucitado no le pregunta a Pedro por su pasado. Quedan detrás los primeros entusiasmos, hasta los arrebatos que dieron pie a tantas presunciones y atrevidas bravuconadas. Pedro ha caminado sobre las olas, y se ha hundido en ellas. Ha sentido las manos salvadoras de Jesús que le han sacado del desastre. Pedro ha recibido el aliento del Padre para reconocer en Jesús al Mesías y al Señor, pero ha creído y querido dominarlo marcándole el programa al Hijo, lo que el Hijo puede y no puede hacer y sufrir. Pedro ha rechazado el agua y las manos del Salvador sobre sus pies cansados y manchados, y se ha envalentonado confiando neciamente en sus fuerzas y sus energías, protestando fidelidad hasta la muerte, por encima de la cobardía de sus hermanos, él, que será el que más clamorosa y públicamente niegue a su Maestro y Amigo. Pedro se ha lanzado espada en mano a defender a quien desarmado ofrece sus muñecas a los sayones, sus espaldas a los azotes, y sus manos y sus pies a los clavos de la cruz.

Pero todo eso queda atrás. La cuestión decisiva, la única cuestión que importa es si ahora, aquí y ahora, ama a su Amigo y Señor. Toda la historia vivida queda atrás, vencida por el Amor del Amigo. Sólo queda el Amor y el Amigo. Y Jesús no repasa fidelidades ni contabiliza promesas incumplidas: ¿Me amas?

La historia de Pedro es nuestra historia. Quedan atrás las pretensiones de nuestros proyectos y programas personales y pastorales, mil veces iniciados y mil veces estorbados por nuestra inconstancia, nuestra fragilidad y nuestra desunión. Quedan atrás también nuestras manos vacías por el fracaso, y nuestros ánimos hundidos por la frustración. Quedan atrás tantas historias personales y pastorales de infidelidad o de fidelidad a medias. Todo queda atrás... Sólo queda el Amor y el Amigo. Y su confianza en nosotros, y su encargo.

¡Si pudiéramos ver en esta historia de Pedro nuestra propia historia, la de cada uno! El Señor resucitado, hoy, aquí, a ti y a mí, sólo nos pregunta: ¿Me amas? Si me amas, a mí, apacienta mis ovejas. Te confío lo que yo más quiero, mis ovejas, las que el Padre me ha dado, porque te quiero a ti. Apacienta mis ovejas. Me fío de ti. Pero mírame a mí en ellas. Y mira a ellas en mí. No las trates con dureza; son tan fuertes y tan débiles como tú mismo, y considera lo que yo he hecho y hago contigo. No te aproveches de ellas, esquilmando en tu provecho su lana y su leche. No olvides que yo sigo siendo su Pastor, y el tuyo también.

Juan Pablo II, en su Exhortación Pastores Dabo Vobis, cita abundantemente la expresión de san Agustín, que sintetiza su comentario a nuestro texto evangélico: El ministerio del sacerdote, precisamente porque es una participación del ministerio salvífico de Jesucristo Cabeza y Pastor, expresa y revive su caridad pastoral, que es a la vez fuente y espíritu de su servicio y del don de sí mismo. En su realidad objetiva el ministerio sacerdotal es «*amoris officium*», según la ya citada expresión de San Agustín. Precisamente esta realidad objetiva es el fundamento y la llamada para un ethos correspondiente, que es el vivir el Amor, como dice el mismo San Agustín: «*Sit amoris officium pascere dominicum gregem[1]*». Este ethos, y también la vida Espiritual, es la acogida de la «verdad»

sacerdotal como «*amoris officium*» en la conciencia y en la libertad, y por tanto en la mente y el corazón, en las decisiones y las acciones. (PDV 24)

¡La «verdad» del ministerio sacerdotal! Queridos hermanos sacerdotes, aquí se deberían romper todas nuestras perplejidades sobre la identidad de nuestro ser y nuestra tarea. ¡La «verdad» del ministerio sacerdotal! Expresión, transparencia y epifanía del Amor de Cristo por sus ovejas, servicio y don de uno mismo por amor a Él. Lo más lejos posible de la visión del ministerio como encargo de funcionario o tarea a tiempo o dedicación parcial. Si necesitamos, y el mundo lo necesita, una Iglesia, una comunidad cristiana que hable más de Jesús, que muestre más y mejor a Jesús, icono cuanto mayor fundamento necesitamos nosotros, Sacerdotes, y necesita la Iglesia y el mundo de nosotros, Sacerdotes, que seamos transparencia y epifanía del Amor de Jesús por sus ovejas!

La carta de Pedro que hemos acogido hoy se nos muestra como un eco de la voz y el encargo de Cristo, tal como ha pasado por el corazón del primero de los Apóstoles: A los presbíteros en esa comunidad... os exhorto: ¡Sed pastores! Pedro dice a los presbíteros lo que él ha escuchado de su Señor. Si me amas, a mí, apacienta mis ovejas. He llegado a Canarias desde tierras manchegas de pastores. Y he visto, recorriendo sus caminos, pastores extranjeros, emigrantes venidos de lejos, acompañando las ovejas de los amos de allá. Hoy no se ama el oficio de pastor: es muy esclavo, no tiene domingos ni festivos, hay que vivir pendiente de las ovejas. Hay que aguantar el frío helado de los inviernos y el calor abrasador de los veranos. Y he comprendido y comprendo que una pastoral vocacional que no acierte a contagiar amor a Jesucristo está condenada al fracaso absoluto. El frío helado de los inviernos -también los pastorales-, y el calor abrasador de los veranos -también los pastorales- sólo se aguantan por Amor. En las vocaciones al sacerdocio, y en las vocaciones a la vida consagrada y a la vida de laico comprometido. Sólo el Amor, el Amor a Jesucristo, justifica la entrega de una vida. Sólo el Amor, el Amor a las ovejas que Jesucristo nos confía por amor a Él, justifica la entrega de una vida.

Sit amoris officium pascere dominicum gregem. Las ovejas no son nuestras. Llevan el sello de propiedad de su dueño, que no es otro que el supremo Pastor. Él las ha adquirido con su sangre. Es verdad que también llevan nuestro sello. En ellas hay algo, mucho de

nosotros: mucho maravilloso, que han ido dejando y grabando en ellas generaciones y generaciones de santos sacerdotes y creyentes generosos del pasado: los padres, los catequistas, los amigos, los párrocos... También en ellas hay algo menos positivo: a veces llevan la marca de nuestro descuido y de nuestro hacer cansino y desapasionado. Llevan incluso las heridas de nuestros pecados y abandonos. Amemos a las ovejas. Es necesario quererlas como son y como están. Con todas sus grandezas y todas sus miserias. Como recordaba no hace mucho a los miembros del Consejo Presbiteral: Están como las hemos puesto nosotros, en general y sin culpabilizar a nadie en particular. No quejarse de sus planteamientos, de su ignorancia, de sus 'salidas', de sus 'demandas' tan distantes a veces de nuestras ofertas... Necesitan acompañamiento, servicio, dedicación, amor, entrega de la vida: justo lo que hizo y hace el Supremo Pastor, justo lo que el Supremo Pastor ha hecho y hace con nosotros.

Que el Señor nos bendiga con su amor y nos llene de amor mutuo

+ Francisco Cases Andreu
Obispo de Canarias

^{1[1]}*In Iohannis Evangelium Tractatus 123, 5: I.c.*
